

teología marial. Hay que observar, sin embargo, que es por este tiempo cuando las almas devotas se fijan en un pasaje del Proto-evangelio de Santiago, que tendrá una gran influencia en el nacimiento de la fiesta de la Inmaculada. Ese texto, que se remonta al siglo II, nos dice que un día un ángel se presentó a Joaquín, al volver de un largo viaje, y le dijo: «Tu mujer Ana, estéril hasta ahora, concebirá un hijo». Y había códices que, en vez de concebirá, traían la forma: concibió, lo cual, unido a la circunstancia del viaje, hacía creer a algunos que María había sido concedida del mismo modo que ella concibió a su Hijo. San Epifanio protesta contra esta interpretación. Para él María es la «toda pura, la agraciada en todas las cosas», pero la concepción sin obra de varón es exclusiva de Nuestro Señor Jesucristo.

Por el mismo tiempo, en Occidente se levantan voces que, implícitamente, parecen declarar el misterio. «María está libre de toda sombra de pecado», dice San Ambrosio; y San Jerónimo, viendo en la nube luminosa que conducía a los israelitas un símbolo de María, exclama: «Nunca fué aquella nube de tinieblas, sino que siempre estuvo envuelta en la luz». A San Agustín sólo le falta mencionar el pecado original, pues tras de afirmar que todos los santos conocieron el pecado, añade «que eso no reza con María, a la que nuestra piedad debe confesar immune de pecado». Del mismo San Agustín es esta frase, que, forzosamente, ha de ser oscura puesto que ha servido de apoyo lo mismo a la afirmación que a la negación: «No adcribimos la Virgen María al diablo por el contagio del nacimiento, y la razón es porque esa condición se deshace por la gracia del renacimiento». Se adivina más que se ve el pensamiento del santo Doctor. Sin la última frase la afirmación hubiera sido cate-

górica, pero esa gracia del renacer ¿es una preservación o es una simple santificación?

## LA VOZ DE DOS POETAS

Diríase que la devoción popular y la intuición poética van a tener un privilegio especial para descubrir en María el misterio de la belleza perfecta. Allá en la segunda mitad del siglo IV, y en las dos extremidades del imperio romano, la una en la ribera del Eufrates y la otra en las orillas del Ebro, se levantan dos voces extasiadas ante el esplendor de la Virgen sin mancilla. La una es la de San Efrén de Edesa, la otra, la de Prudencio de Calahorra. Dos cantores de María Inmaculada, dos grandes poetas cristianos. El sirio dice: «Tú eres llena de gracia, toda pura, toda inmaculada, sin falta, sin sombra, sin reproche, toda íntegra y digna de alabanza, virgen de cuerpo, de alma y de espíritu, tabernáculo sagrado, que el Beseleel divino trabajó con amorosas manos.» San Efrén considera la doble relación de María con Jesús: una social, que es la que más ponen de relieve los Santos Padres, y otra personal. Jesús es el fruto bendito de María, pero María es, a su vez, el fruto único de Cristo y la más maravillosa floración de su misterio de amor. Comparándola con Cristo, llega a decir estas palabras, que podrían parecernos una hipérbola: «Vos y vuestra Madre sois perfectamente bellos, porque en Vos todo es luz y en vuestra Madre no hay sombra.» Para afirmar el misterio, no es necesario decir que María fué concebida sin pecado original; hay otras expresiones equivalentes, y entre ellas podríamos contar estas de aquel fervoroso panegirista de las grandezas de María.

Más clásico, más avaro de sus palabras es el gran poeta celtibérico, pero no es menos clara su confesión. En el tercer himno de su